

ENSAYO DE MONOGRAFÍA GEOGRÁFICA DE UN PUEBLÓ SERRANÓ

TORRECILLA EN CAMEROS (Logroño)

POR

ISMAEL DEL PAN

(Conclusión)

Además de estas casas, con el tejado a cuatro vertientes, existen otras, con el tejado de dos vertientes desiguales. Mas pronto se advierte que este género de viviendas, resulta de la yuxtaposición de dos casas distintas, adosadas por su medianería, en las que, ambas, han ahorrado el material de tejas de una de las dos vertientes de tejado, que otras poseen. Aquí el factor económico, se aúna con el climático, a fin de conseguir el efecto apetecido. De este tipo de viviendas, pueden verse algunas, también, en el barrio de «Campillo», subiendo hacia la Iglesia de San Antón o de la Esperanza, donde, precisamente, existen dos casas de labranza, en cuya fachada vimos dos cuernos de vaca, embutidos en la pared allí fijados por el yeso del revoque. Tan original aditamento, córneo está destinado a sujetar las caballerías, por el ronزال. Nos aseguraron que los utilizaban para tales fines, porque ofrecían mayor resistencia que los clavos y sujetaban mejor que las herraduras, que también suelen emplearse con el mismo objeto. (Fig. 6.^a)

En el «Barrio» principal torrecillano, las casas no revisiten el aspecto original de las casas pedestales, reseñadas anteriormente, aun cuando los desniveles de sus calles, en rampa y lo movedizo del material en que se asientan, hagan precisa su consolidación, con murallones de mampuesto irregular de grandes cantos o piedras, como en las ya citadas. Sin embargo, en las casas de esta agrupación urbana principal de Torrecilla, pueden apreciarse detalles curiosos que ponen de manifiesto la relación que existe entre la construcción de la casa serrana y el clima. (Fig. 5.^a)

Todo en ellas, revela previsión para luchar contra los rigores de la estación invernal. Así las ventanas son de «doble vidriera», sobre todo, en las casas de gente principal del

pueblo. En ellas, esa doble vidriera está implantada, en aquellas ventanas de la casa, orientadas en la dirección de los vientos fríos o que traen lluvias pertinaces. Las hojas de la ventana, en la parte interior de las habitaciones, llevan además de los vidrios, contraventanas de madera; y exteriormente, las ventanas llevan otras dos hojas con vidrios solamente. Entre las dos hojas, externa e interna de dichas ventanas queda un espacio de unos tres centímetros, el cual encierra una capa de aire aisladora térmica para la pérdida del calor de las habitaciones y del frío de la calle. En los días primaverales, pero con viento, se abren sólo las hojas interiores de las ventanas, permaneciendo cerradas las externas; con lo cual se gana en luz y visualidad y se impide el acceso directo del viento.

Medios son éstos de luchar contra el frío en la vivienda torrecillana a los que se añade el calor suministrado por el fuego de la leña que arde en las grandes cocinas de campana y fogón bajo, con sus largos escaños, para sentarse en derredor de la lumbre y del llar, donde cuelga el caldero y cuece el condumio para los animales de engorde; y donde además se elaboran las ricas morcillas de la Sierra. Por otra parte, para impedir la entrada del frío exterior, en las casas los agujeros de las chimeneas que hay sobre los tejados se hallan discretamente coronados por dos tejas o ladrillos que se apoyan formando dos vertientes, a guisa de tejadillo con lo cual no se obstruye la salida de humos y se impide que caiga dentro de la cocina, la nieve o la lluvia. Cuando no nieva y los días, aunque fríos, son de sol, el torrecillano disfruta de su calor desde las viviendas ya que la mayoría de éstas se hallan provistas de amplias «solanas» o azoteas en la parte más alta de la casa o del tejado. En esos espacios domésticos, secan la ropa y muchos frutos: como legumbres, ciruelas, etc.

VIDA AGRÍCOLA Y GANADERA

Para completar aquí estas breves notas de geografía humana relacionada con la fisiografía del lugar descrito, cabe preguntar: ¿cuáles son las principales ocupaciones de la vida, en este pueblo serrano? Estas ocupaciones las constituyen la vida agrícola y ganadera. El carácter mixto de la ocupación de las actividades humanas, complementa el carácter geomorfológico de pueblo y demarcación límite, entre la Rioja y la Sierra, que es atributo de Torrecilla. Allí donde aca-

baran los cultivos de la vid y del olivo, debiera terminar la Rioja comarca en la provincia de Logroño. La Sierra comienza, donde hay finas y abundantes aguas, pero no hay vino; donde el sebo sustituye al aceite, en las operaciones culinarias y el carnero y el cerdo, constituyen la base de la alimentación cárnea, en los días que «repican gordo».

Pero Torrecilla debe al suelo de las terrazas fluviales en que tiene su sede y a la riqueza de sus manantíos, la orientación agrícola de su vivir económico; el gusto, la afición y el interés por el cultivo hortícola que convierten a este lugar serrano en «el último pueblo de la Rioja». Torrecilla y sus huertas, son un trozo de vega, transportado a la Sierra y colocado como un jardín colgante, en el amplio balcón de las estribaciones del Serradero. En ellas se cultivan con especial interés todos aquellos productos que son propios de la vega riojana: patatas, tomates, pimientos, judías verdes, que allí llaman «vainillas», acelgas de grueso y succulento peciolo, en sus grades hojas, puerros y cebollas. Se cultiva además, el garbanzo, que en unión de las judías y las patatas, constituyen una excelente provisión alimenticia, para el invierno. Y así mismo se rinde fervoroso culto a la arboricultura frutal.

En este sentido son de notar el desarrollo, riqueza en azúcar y bello aspecto de los frutos. Entre ellos destacan las exquisitas ciruelas claudias; peras de agua y de Donguindo y algunas variedades de manzanas de gran volumen y belleza de color, como las que pudimos observar procedentes de la huerta del peluquero. Juan Lacalle, representantes de la variedad de otoño, llamada «Reineta de Inglaterra» o como la denominaba su cultivador torrecillano: «mingrana de *Inglaterra*». Estas hermosas manzanas, aún no maduras cuando las observamos, presentaban una magnífica tonalidad verde, con matices rojizos, salpicados. Para dar idea de su tamaño baste decir que cada una pesaba 300 gramos, no obstante faltar aún algún tiempo para la madurez y recolección del fruto. Más bien que esferoidal su forma era de «pero», con un gran ombligo opuesto a su inserción en el pedúnculo fructífero, a manera de lo que ocurre en los pimientos morrones. En la huerta, donde se habían obtenido estas manzanas, se cogieron también gustosos melones y jugosas sandías de carne sangrante; lo que atestigua que los productos hortícolas torrecillanos, llegan a ser tan succulentos como los de Rioja, aunque desde luego, más tardíos.

En lo que respecta al desarrollo de los árboles frutales, en las huertas de Torrecilla hay que hacer notar, que no solo es normal, sino que en ciertos casos, llega a ser gigantesco, lo cual prueba que la exuberancia de la huerta, aparte de los factores inherentes al suelo, riego y cuidado de sus cultivadores, se debe a la situación topográfica: al socaire de vientos inhóspitos y caldeada por los rayos solares, la mayor parte del día. Así se explica que pudiéramos observar en una de las huertas de D. Julio Camacho, en el camino que sube hacia «Campo-Pó», un peral de Donguindo, de 12 metros de altura y grueso tronco, cuyo aspecto era el de un árbol añoso, como si fuera un olmo corpulento. No es éste el único ejemplar de peral de buenas dimensiones, pues en este pueblo serrano emplean con frecuencia un curioso artificio para coger las peras, sin subir al árbol. Este artefacto consta de un largo palo de más de tres metros o de mayor dimensión, según los casos, en uno de cuyos extremos va sujeta una parte compuesta de varillas de hierro, que dejan un hueco adecuado para enganchar las peras y arrancarlas tirando de ellas hacia abajo. (Fig. 7.^a)

Si existen diversos factores para el mantenimiento del cultivo hortícola, no cabe duda que el que ejerce papel más importante es el riego. A él y a la manera de realizarlo deben su lozanía y esplendor, las huertas de Torrecilla. A su poder taumatúrgico hay que atribuir el que las terrazas fluviales, en que se asienta el pueblo, se hayan transformado en vergel. La topografía de los lugares en que radican estas huertas, hace que se lleve a cabo la explotación en gradería. Y a esta especial situación tiene que supeditarse la toma del agua para el riego y su distribución por las diferentes heredades.

Sobre la más antigua terraza del río Ricote, dominando al pueblo, se halla el depósito de aguas para el riego de la mayoría de las huertas torrecillanas. Subiendo hacia «Campo-Pó», por la proyectada carretera de Torrecilla a Nájera, hoy interrumpida en su ejecución, se llega a las eras y pajares de las heredades de «El Barrio», en cuyo paraje sirve de fondo a la carretera, el Serradero. Junto a las faldas de esa culminación montañosa, se divisa en la lejanía un corro de arbolillos raquíticos, mantenidos, al parecer, por el agua recóndita de algún manantial. Y después de un buen trozo de recta carretera, se descubre detrás de unos derrubios, en forma de baluarte un gran depósito o embalse de forma circu-

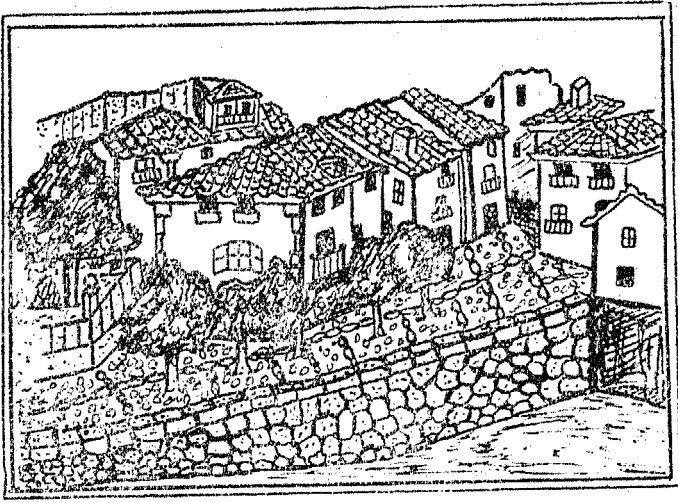


FIGURA 5.^a.—CASAS DE LA PLAZUELA DE NESTARES, DE TORRECILLA EN CAMEROS, VISTAS DESDE "CAMPILLO"
(APUNTE DEL NATURAL, POR EL AUTOR)

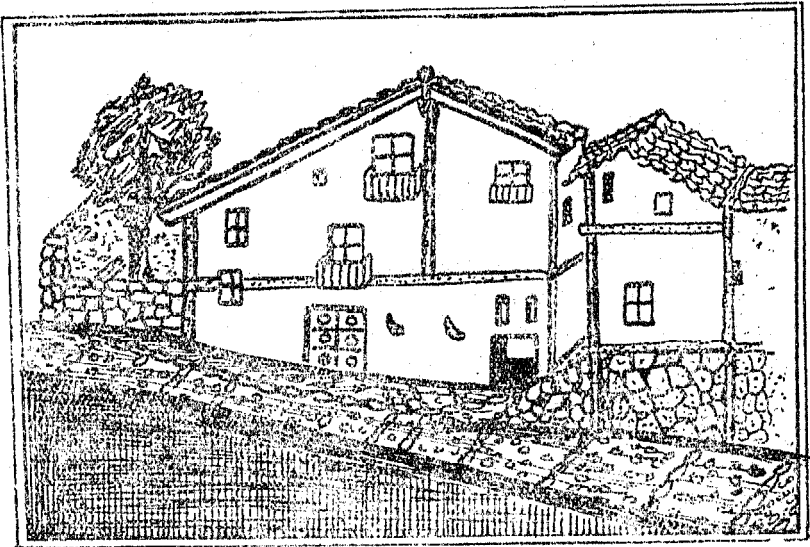


FIGURA 6.^a.—OTRAS CASAS DEL BARRIO DE "CAMPILLO", DE TORRECILLA EN CAMEROS, CON LOS CUERNOS DE VACA EN SU FACHADA
(APUNTE DEL NATURAL, POR EL AUTOR)

cular rebosante de agua que llega allí desde unos manantios, que denominan «Fuente Román», relacionado con la terraza alta del Ricote y con sus aguas.

Este depósito de agua a manera de gran alberca cilíndrica, es de cemento y está provisto de su correspondiente compuerta que permite dar salida diaria a muchos litros de agua destinada a la mayor parte de las huertas de Torrecilla, principalmente de las que en el declive de la terraza están orientadas hacia el Iregua; de las que miran a «Campillo», en la margen izquierda del Ricote; y de algunas que lindan ya con el término de Nestares. El riego de dichas huertas, se halla favorecido por la gran diferencia del nivel entre el depósito y las laderas; a lo cual coadyuvan las albercas particulares, que existen en las huertas aludidas. En dichos depósitos se almacena el agua mientras no ha de ser utilizada o se suelta cuando se llenan, conduciendo el líquido por canalizaciones o regueros que van a parar a las huertas de otros usuarios, situadas en posición más baja.

Los cultivos de secano se localizan en las plataformas apicales de las terrazas de los ríos Iregua, Ricote y San Pedro. En estos terrenos elevados se cultivan principalmente, cereales: cebada, trigo y avena, cuya recolección va escalonada, con arreglo al clima del lugar y a la época de fructificación de estas especies vegetales. Los tres barrios de Torrecilla tienen sus eras en alto. Este dato de localización, tiene sus razones de índole física y económica. (Fig. 8.ª) La principal razón de orden físico es que en estos lugares elevados, sopla casi siempre viento que ayuda al aventado en las faenas de la recolección de la mies, pues los labriegos torrecillanos no emplean máquinas trilladoras ni aventadoras. Hay aquí también implícita, una razón de índole económica: ya que en estas operaciones agrícolas se utilizan las fuerzas de los elementos naturales, como el viento, que no requieren dispendio. Por otra parte, el sol, que en las horas meridianas de los días caniculares, cae verticalmente con todo su rigor sobre estas plataformas agrícolas terrizas, ayuda a secar la cosecha de garbanzos todavía en las vainas de su legumbre, para proceder después a la trilla de esa leguminosa.

La naturaleza geográfica y física del suelo de los contornos torrecillanos ha sugerido a sus habitantes iniciativas adecuadas de explotación agrícola de su terreno. Y así, se han utilizado para hacer las eras las escalinatas, desplomes

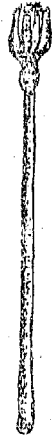


FIGURA 7.^a.—ARTEFACTO UTILIZADO PARA COGER LAS PERAS,
SIN SUBIR AL ÁRBOL

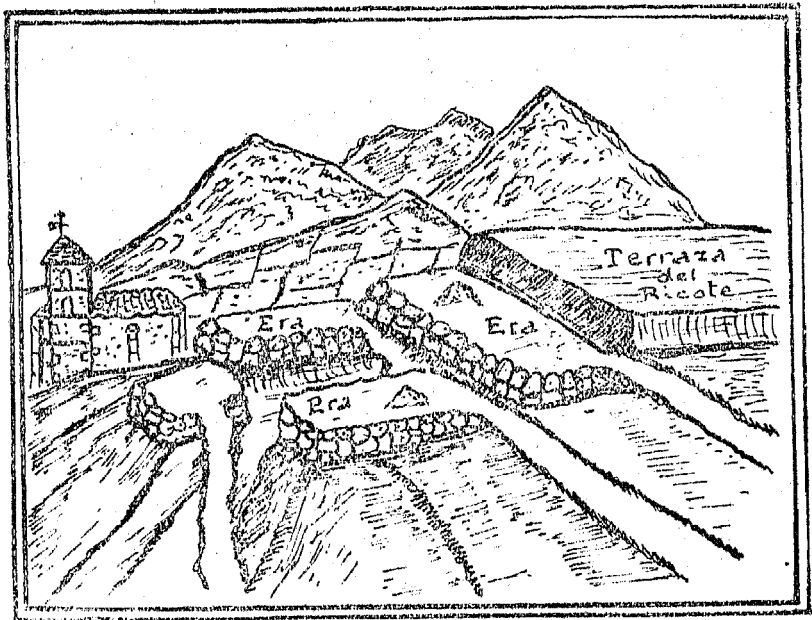


FIGURA 8.^a. LAS ERAS DE "CAMPILLO" EN LO ALTO DEL BARRIO,
VISTAS DESDE "CAMPO-PÓ". HAN SIDO HECHAS SOBRE LAS
TERRAZAS DEL RICOTE

(DIBUJO DEL NATURAL, POR EL AUTOR)

y plataformas naturales de las terrazas que depositaron los ríos, delimitadores de sus barrios. A tal efecto: (Fig. 9.^a) las eras de «Barruelo», se hallan encima del barrio sobre un resto de antigua terraza del Iregua; las eras de «Campillo», sobre las terrazas de la orilla derecha del Ricote; y las de «Campo-Pó» sobre una amplia y elevada terraza del antedicho río en su margen izquierda. Desde la extensa plataforma de las eras de «Campo-Pó», se divisan perfectamente, Nestares, «Peña Seto», «Peña Cuadrada», «Barruelo» y «Campillo» y un trozo del valle superior del Iregua.

La vida agrícola predominante, ha absorbido en gran parte, el vivir ganadero de los torrecillanos que alcanzó mayor importancia en otros tiempos. Quizá haya contribuido también, no poco, al decrecimiento de la ocupación ganadera, la deforestación que ha venido sufriendo la Sierra de Cameros, preliminar para el descarnamiento de las rocas, con el consiguiente arrastre de los productos minerales y orgánicos que forman el suelo, lo que impide el arraigo de la vegetación herbácea que es fundamento de los pastizales. El Serradero, debió ser en tiempos pasados, un importante centro de vida pastoril. Las laderas de sus cumbres, abundaban seguramente en pastos a propósito para el ganado lanar. Aún hay gentes serranas que denominan «Sierra de Oro», al Serradero; no porque allí existan criaderos del preciado metal, sino aludiendo a la riqueza en pastos, que todavía existen en prados de buena hierba, excelente alimento del ganado.

En algunos lugares próximos a Torrecilla, donde existen en conexión el monte bajo y el encinar, como en Ribavellosa, se conserva todavía el ganado vacuno, en libre pasto, constituyendo ganadería brava, merodeada por el lobo. Pero la típica vida pastoril y ganadera, dueña y señora de las altas cumbres de serranías y núcleos montañosos, no tiene destacada representación, en la vida torrecillana. Existe, sí, un ganado cabrío comunal numeroso, del que resultan ser ganaderos casi todos los habitantes del pueblo. Pero esto no puede tomarse como una fuente de riqueza, con el carácter de explotación económica; porque solo constituye un complemento de su vivir cotidiano, basado en la agricultura. Estos rebaños de cabras, aparentemente dotados de buen número de cabezas, no tienen realidad como masas de ganado, mas que de sol a sol. En las primeras horas matina-

les, despierta al pueblo la sinfonía bucólica de balidos de cabras y tintineos de sus esquilas, mientras se reúnen las de distintos sectores del pueblo, para salir al monte. Allí son conducidas, en rebaños, por hombres asalariados; más que pastores, conductores de reses, para su custodia. Y una vez terminado el día, al caer la tarde, regresan de nuevo, distribuyendo las cabras por las calles del pueblo, encargándose ellas mismas, de introducirse en sus respectivos alojamientos.

Para este ganado cabrío, cada habitante de Torrecilla, está siempre dispuesto a constituirse en ganadero, pues de él obtienen la leche necesaria para el consumo diario y hasta para fabricar algún que otro queso. Quién más, quién menos, alberga alguna cabra en su cuadra o establo, preocupándose más que de su alimentación de verano, de la refacción invernal de estos rumiantes, cuando no pueden salir al campo. A esta previsión responde una práctica torrecillana, que llamó nuestra atención, cuando la observamos. A fines de verano, los álamos del pueblo quedan desprovistos de las ramas bajas y laterales, dejándoles en su terminación un penacho de hojas. A lo largo del tronco, quedan únicamente los restos de las ramas. El objeto del desmochado de estos álamos al llegar esta época, no es otro que aprovechar esas ramas, los vecinos que las cortan para secar las hojas, que han de servir de pasto seco a las cabras en los días crudos del invierno en que no han de poder salir al monte, ni encontrarían qué comer. (Fig. 10.^a)

De otras ocupaciones de la vida torrecillana, solo queda por mencionar el aspecto industrial. En la actualidad, la única manifestación de esta modalidad de la vida, en el pueblo queda reducido a la industria de la madera. De ella existe una representación en la fábrica de muebles, establecida a orillas del Iregua, donde tienen ocupación un buen número de hombres y muchachas que encuentran remuneración adecuada a su trabajo, para un más holgado vivir. A pesar de todo no han desechado su inclinación espiritual, a la vida agrícola; y al dejar su jornada, retornan a las faenas campesinas, en el pedazo de tierra, que casi todos poseen.

Más industrial que hoy, debió ser el Torrecilla de otros tiempos, pues se fabricaban chocolates, riquísimos bizcochos, barajas de curiosos naipes y buenos paños. En el término de «San Pedro», que es una prolongación del barrio

del «Campillo» y en el camino que desde este barrio, conduce al término citado, existen, junto al río «San Pedro», en su margen derecha, los restos de una antigua fábrica de paños de los que fué abundante Torrecilla. Una pequeña explanada colindante, servía de secadero de los paños, después del teñido. Para ello empleaban el sistema de las «ramblas», serie de palos verticales, donde se colocaban las tiras del tejido para que se secaran.

MANIFESTACIONES DEL ESPIRITU POPULAR TORRECILLANO

Es quizá, en las manifestaciones del espíritu popular, donde más se percibe que en Torrecilla comienza la Sierra y termina la depresión del Ebro.

RASGOS PSICOLOGICOS DE LOS TORRECILLANOS

Allí, empieza ya a manifestarse, como cualidad psíquica predominante de los torrecillanos, la fácil adaptación espiritual, a los medios sociales más dispares y a las situaciones anímicas más discrepantes con su personalidad psicológica original. Por ésto el torrecillano, aparece siempre correcto, afable y cortés, sin ese desgarramiento de modales y esa tosquedad vehemente, de los habitantes de la llanura riojana. Sabe ser caballero y señor, lo mismo que rústico y aldeano. Reúne en su personalidad, al labrantín y al petimetre.

Recordamos, a este propósito, haber conocido un joven torrecillano, que conducía vacas como pastor y acarreaba mies en las eras, que en cierta función teatral de aficionados en Torrecilla, interpretó a la perfección, uno de los tipos humorísticos de la comedia de Muñoz Seca: «Poca cosa es un hombre». En ella hay un joven, erudito a la violeta, que presume de fino y de culto, soltando de vez en vez algún latínajo. Nadie hubiera reconocido al día siguiente, a aquel joven elegante de la comedia, en un rústico que cargaba costales de paja en «Campo-Po», tostado y cenceño, con la actitud, el porte y el ademán, correspondientes a la escena bucolica, que representaba en la realidad.

Poseen, como nadie, estos serranos, el sentido humorístico de la vida; y, en múltiples ocasiones, duda uno, si su actitud es de seriedad o de donaire y burla. Ocurrió que en una casa de las calles de Torrecilla, tuvo necesidad de utili-

zar el retrete, cierta persona, fina y de cultura. Discretamente, hubo de manifestar al dueño de la vivienda, tal necesidad, preguntándole por el lugar en que satisfacerla. Entonces, aquel serrano humorista que no podía presumir de poseer en su casa el servicio sanitario del inodoro, le dijo sonriente descorriendo el cerrojo de un portón de su zaguán:— «Pase Vd., tiene toda la cuadra a su disposición».

Se hablaba en otra ocasión de una de las mujeres dejadas y puercas, que había en el pueblo y uno de los interlocutores hubo de emitir juicio diciendo:— «Esa, hace tiempo que echó la cochina al monte». En Torrecilla, «echar la cochina al monte», significa dejar de ser limpia y prescindir del arreglo y aseo personal. Y hablando de la misma mujer siempre sucia y sin peinar, uno de la reunión dijo:— «Si llovieran candiles, no llegaba ninguno al suelo, por donde esa pasara». Aludía con ello, a que era tal el número de crenchas y pelambreira suelta y alborotada, en la cabeza de la mujer, que al caer los candiles desde arriba, quedarían colgados, por el gancho, en estos alborotados apéndices capilares.

Destacan además en la psicología popular torrecillana, la sutileza, la sagacidad y el fino espíritu de observación. Y así saben discernir perfectamente, el alcance y trascendencia que pueden tener determinados fenómenos meteorológicos, como acontece en el verano, con esas lluvias originadas por nubes de formación vertical, que dan lugar a intermitentes chaparrones. Estas lluvias tenidas, como pasajeras, por las gentes de Torrecilla, no las consideran de importancia para el campo, aunque a pesar de ello, hagan constar que no hay agua mejor, para las plantas, que aquella que cae del cielo.

A propósito de ello, nos decía una labradora del barrio del «Campillo» que esa agua de chaparrón, hermooseaba las huertas y daba buena presencia, hasta las de peor calidad. Por eso, añadía esta serrana, que para juzgar de la calidad de una huerta, no debe irse a verla cuando haya llovido, sino en ocasión de tiempo seco; porque, según afirmaba las huertas son como las mozas, que no se las debe ver solo el domingo, sino en días de labor cuando están sin arreglar; reforzando su aserto con este cantar que nos recitó:

«A las huertas cuando llueve,
nunca las vayas a ver;
ni a las mozas en domingo,
porque tienen otro ver».

DEVOCIONES, ROMERIAS Y FIESTAS

El pueblo torrecillano tiene también sus devociones en las que manifiesta su espíritu de religiosidad, orientado hacia determinados Patronos o Santos, por los que siente especial predilección. En algunos de sus barrios se pone de relieve cuanto decimos, por las romerías que acompañan a las funciones religiosas con las que se honra a sus Santos titulares.

Así ocurre por ejemplo, con la romería que se celebra el 17 de Enero en honor de San Antón, en torno a la Iglesia de La Esperanza, del barrio del «Campillo». La citada iglesia, cerrada al culto, el resto del año, solo se abre en el citado día de San Antón, para celebrar en ella misa solemne, a la que sigue la indicada romería. En el pórtico desde el que se divisa un paisaje de égloga, se subastan en ese día, diversos productos y objetos donados por los vecinos del barrio, para obtener con tal subasta, el dinero necesario para sufragar los gastos, que originan los cultos de dicho día. Entre las especies subastadas, figuran: carne, patas y orejas de cerdo, frutos, verduras, etc. No podía faltar una romería de esta índole, en un pueblo como el torrecillano, que orienta primordialmente, su vida hacia el dominio agrícola y tanto interés puede tener para él, la conservación y protección de los animales de labor y de engorde, que coadyuvan en las faenas del campo y le sirven de sustento. Para esos fines, San Antón es el Santo tutelar, al que conviene tener propicio.

Tanto es así, que a la iglesia en que se verifica esta romería que es la de la Esperanza, se la conoce más en Torrecilla, por Iglesia de San Antón. El retablo principal y único de esta iglesia con un solo altar es barroco, y se doró y pintó en 1783. A ambos lados del sagrario existen dos tallas policromadas: a la derecha, «La Oración del Huerto» y a la izquierda, «El Santo Entierro». Las imágenes, preeminentes, de la parte media del retablo, son: la Virgen de la Esperanza en el centro; y a la derecha San Antón. La talla de este retablo, es buena y de buen gusto dentro de su estilo. Los relieves de la parte inferior dejan algo que desear, pero en cambio el Crucifijo que corona el conjunto, está bien ejecutado.

En lo que se refiere al ámbito de la iglesia, es de una sola nave, con el coro al fondo. La pila bautismal es de caliza tobácea, revestida de yeso, sobre el que quedan vestigios de pintura, con la que debió de estar adornada. La pila del

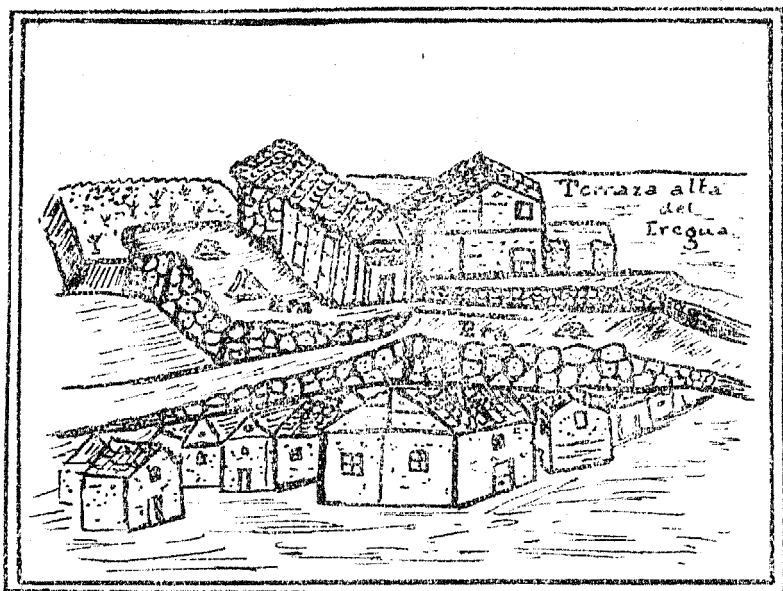


FIGURA 9.^a.—ERAS Y PAJARES DE "BARRUELO", VISTOS DESDE "CAMPILLO". SE HALLAN EN LA PARTE MÁS ALTA DEL BARRIO, SOBRE UNA ANTIGUA TERRAZA DEL IREGUA

(DIBUJO DEL NATURAL, POR EL AUTOR)

agua bendita que hay junto a la puerta, es de caliza gris oscura, marmórea, de forma octógona y parece haber sido fabricada utilizando el capitel de alguna antigua columna. El somero exámen de la bóveda del interior de esta iglesia, proporciona la impresión de que su estilo pudiera corresponder a la transición del románico al gótico. De todos modos, la Iglesia de la Esperanza o de San Antón, del barrio de «Campillo», tiene interés folklórico y artístico, y es lástima, que en gran parte, la hayan convertido en pajar.

Por fortuna, no ha ocurrido lo mismo con el santuario albergue de la devoción más ferviente de los torrecillanos: la Basílica de la Virgen de Tómalos. Esta ha sido siempre objeto de toda atención y cuidados del pueblo de Torrecilla, porque tiene puestos todos sus amores en la Virgen, su Patrona, que recibe culto en aquella Basílica, la mayor parte del año. El 25 de abril, día de San Marcos, es llevada procesionalmente, la Virgen de Tómalos a la Parroquia de Torrecilla, que está situada en «El Barrio», según dijimos. Allí permanece poco más de cuatro meses, pues el 8 de septiem-

bre, Natividad de Nuestra Señora que es su fiesta, se devuelve la imagen a la Basílica, con toda solemnidad.

Se halle o no la imagen en su sede original y residencia ordinaria, son constantes las peregrinaciones y visitas a su Santuario, por parte de los habitantes de Torrecilla y de forasteros, que acuden atraídos por el tradicional renombre taumatúrgico de la Virgen de Zigalares o Tómalos, cuyo culto y veneración se remontan, al parecer, hasta los siglos de la Baja Edad Media. A esta época es preciso referir también, no solo la existencia de su Santuario, sino el apelativo de «Tómalos», con que se conoce a esta Virgen torrecillana; apelativo, que por tradición, ha logrado soterrar al toponímico de «Zigalares», que, en principio, designó a la Virgen de que nos ocupamos.

«Zigalares» era un término del Señorío de los Cameros, donde se rindió remoto culto a la Virgen. Allí acudían en sus tribulaciones, devotos y penitentes del solar camerano. En ese paraje de la orilla derecha del Iregua, hubo en aquellos tiempos, un pequeño templo o capilla, servido por humilde santera o quizá por algún capellán. Fué allí donde nació el original sobrenombre de «Tómalos» con el que es por todos conocida la Virgen de Torrecilla. El culto y erudito torrecillano D. Vicente Martínez Pinillos en su notable trabajo, «Nuestra Señora de Zigalares o Tómalos», dado a la estampa en la primera década del siglo actual, recoge en su curiosa monografía, dos versiones tradicionales acerca del origen del nombre «Tómalos». Una de ellas, la más popular afirma que se debe a que hallándose la santera que cuidaba a la Virgen, en trance de dar a luz, y siendo tan pobre que no tenía pañales en que envolver al fruto de sus entrañas trató de utilizar para estos fines los mantelillos del altar y dirigiéndose a la Virgen en súplica de que la perdonara aquel despojo, la Señora le dió milagrosamente su aquiescencia, diciéndole: «tómalos».

La otra versión, que también apunta el Sr. Martínez de Pinillos, es de tipo más culto y erudito. Se refiere a los tiempos en que la morisma se enseñoreaba del solar hispano, sojuzgando a los cristianos. La Rioja padecía sus desmanes y ofensas al Crucificado; pero en el fondo los hijos de Mahoma, no dominaban allí más terreno que el que pisaban. En todos los pechos riojanos alentaba el espíritu de independencia y un divino tesón por defender la fé de Cristo. Los

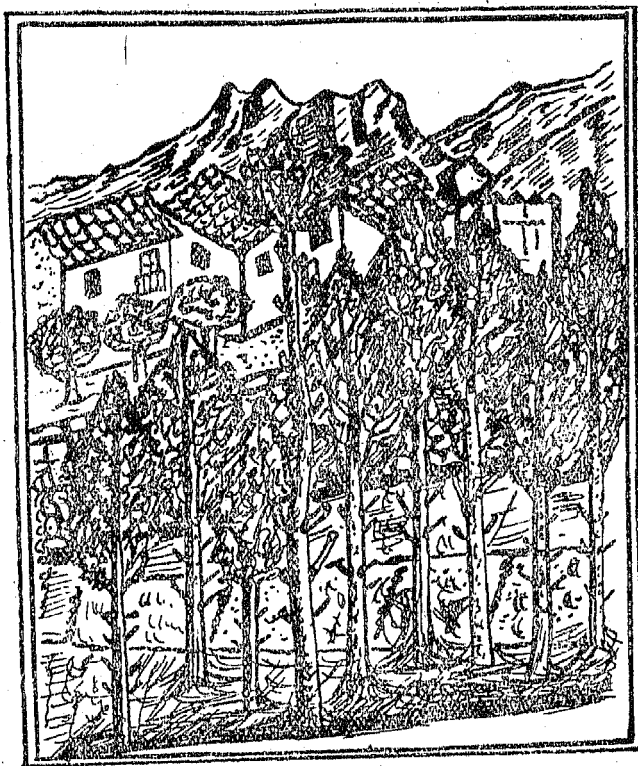


FIGURA 10.^a.—CHOPERITA DE TORRECILLA EN CAMEROS, DESPROVISTA DE LAS RAMAS BAJAS, DESTINADAS A PASTO SECO DE LAS CABRAS, EN LA ESTACIÓN INVERNAL

(APUNTE DEL NATURAL, POR EL AUTOR)

Señores de los distintos términos y comarcas del territorio riojano, levantan sus mesnadas; hacen patriótico llamamiento a los esforzados paladines de la Santa Causa y se concentran en lugares señalados, para ir a luchar contra los enemigos de la Fé. «Zigalares» es el término elegido, como reunión para los caballeros de aquellos contornos cameranos. Allí hay una capilla, con una Virgen que ya tiene gloriosa tradición de milagros. A ella acuden, para que la Señora los aliente, los gué y los proteja en el combate que ha de ser enconado y sangriento. Y antes de partir para el lugar de la batalla, quizá a Clavijo, en terrenos ribereños del Ebro, aquellos valientes cameranos escuchan la palabra de Dios, ante la Virgen de Zigalares, donde un enfervorizado capellán

impetra de la Madre de Dios, que proteja a sus hijos, repitiendo numerosas veces, estas invocaciones: «¡Señora, *tómalo* bajo tu protección!» «¡Señora, *tómalo*, que son tus hijos!». Celebrado el combate, cuando aquellos fervientes camorranos regresan a sus lares, portadores del triunfo, recuerdan la palabra con la que tantas veces el capellán de Zigalarres se dirigió a la Virgen para implorar su amparo a los guerreros: y unánimemente acuerdan denominar «*Tómalo*» al murallón rocoso en que hoy se alza la Basílica y aplicar ese nombre a la Virgen Patrona de Torrecilla.

La citada Basílica se alza casi al borde de la carretera general de Logroño a Soria, a unos tres kilómetros de Torrecilla. El camino que desde el pueblo empalma con la citada carretera, empieza en las eras de «Barruelo». Para llegar al referido camino, se toma la primera calle del barrio, a la derecha de la plaza del mismo, ascendiendo sin cambiar de dirección. A la terminación se hallan las eras y siguiendo siempre a la derecha se encuentra la ermita de San Andrés, en la cual comienza el camino, en pronunciada rampa, que conduce a la carretera general mencionada.

Sigamos remontando la pendiente de la carretera, caminando sobre los depósitos litológicos del antiguo cauce, cuaternario del Iregua; y al doblar una pronunciada curva de nuestro camino aparecerá sobre una eminencia de escarpes calizos, que ciñe el río, la Basílica de Nuestra Señora de *Tómalo*. Antes de subir a ella, por una pequeña rampa no lejos del puente, sobre el río Ribavellosa, la fé tradicional de Torrecilla a su Patrona, se testimonia con la avanzada religiosa del «Humilladero» allí existente. En ese Humilladero, hay una Virgen de *Tómalo* de talla arcáica. Es una Virgen sedente, de rígida figura, apoyada en el asiento de antigua silla curul. Su faz es hierática; y en una de sus rodillas—la izquierda—sostiene al Niño Jesús, también sentado. No lo ofrece a la contemplación de los fieles, como ocurre en la imagen actual, de talla mucho más reciente. A nuestro parecer, la Virgen de *Tómalo* antigua del Humilladero, presenta gran semejanza con las Virgenes pertenecientes al siglo XIII.

A derecha e izquierda de esta imagen, unas cartelas, con ingenuos versos cuya métrica y sentido, delatan la época romántica, excitan con su apelación la piedad del caminante, invitándole a que ofrezca una plegaria a la Virgen y deposite

allí una limosna, para sostener su culto. Los versos citados, dicen de este modo:

«Notable falta sería,
el que por aquí pasara
y por descuido dejara
de saludar a María.

Si movido a caridad,
das limosna, compasivo,
tendrás un premio excesivo
y también tranquilidad».

¿Quién permanecerá impasible ante el requerimiento y no depositará unas monedas, a través de la reja del Humilladero?

La Basílica de la Virgen de Tómalos, está sobre un sólido pedestal rocoso y rodeada de pradera, hoy, en parte convertida en huerta, rala y exigua, con cuyo escaso producto se mantiene la ermitaña o santera, a la que dota el municipio torrecillano, con una peseta cincuenta céntimos diarios, a lo que hay que añadir los puros aires de que disfruta, desde aquella eminencia natural. Junto al edificio del templo, está la casa destinada a vivienda de la ermitaña, que en otro tiempo, debió albergar al capellán o capellanes, encargados del culto y custodia, pues así parecen indicarlo la importancia religiosa de esta Basílica y la amplitud de la vivienda, antes citada.

El templo, que se halla magníficamente conservado, en su interior, es de una nave bastante amplia, dividida transversalmente, por una reja en dos partes: la posterior, destinada a los fieles y la otra que hace de presbiterio, posee dos buenos altares barrocos, así como el altar mayor, en el que se halla el camarín de la Virgen. Este último altar es de un barroco purísimo, con detalles que quizá permitirían atribuirlo a fines del siglo XVII. Se halla bien dorado y en perfecto estado de conservación. En él hay algunos buenos cuadros, que D. Vicente Martínez de Pinillos atribuyó a Zurbarán, amén de otros cuadros notables, que hay distribuidos por el resto del templo.

Este, tiene pintadas sus paredes y la cúpula de media naranja, al estilo clásico de la ornamentación en el siglo XVIII, a cuya época atribuimos nosotros, la mayor parte del exorno de esta Basílica. En ambos lados del acceso al altar

mayor, hay dos grandes jarrones de porcelana, bonitamente pintados y decorados. Según dicen, son de procedencia filipina; pero la tradición popular asegura que llegaron de América, llenos de oro en polvo el cual fué robado en el camino y sustituido por arena. En la sacristía existe una pequeña Virgen, de las de vestir, imagen que no ofrece interés artístico, pero a la que se dedica especial veneración, por creerla abogada contra las tormentas.

No terminaremos esta ligera reseña de la Basílica sin añadir que al entrar en ella, se ven, en una de las paredes, algunos exvotos y ofrendas de cera, con formas de manos y pies. Pero más que ésto, llamaron nuestra atención al visitar el templo algunos cuadritos mal pintados pero curiosos, porque atestiguan la antigua veneración y el fervor de los torrecillanos, hacia la Virgen de Tómalos. Representan dichos cuadros, milagros llevados a cabo, por la Señora, en personas de Torrecilla, que se encomendaban a la Virgen, en trances apurados de la vida. Y así, uno de esos cuadritos, alude a la maravillosa salvación de la vida de un soldado, en el siglo XVIII, por encima de cuyo cuerpo pasaron las ruedas de un coche, entre los pueblos de Valdepeñas y Manzanares en La Mancha. El referido soldado que era hijo de Torrecilla, quedó indemne, después de habarse encomendado a la Virgen. De la misma manera otros dos cuadritos allí existentes dan idea y fé de cómo se salvaron, milagrosamente de las astas de los toros, un niño, cogido aparatosamente en la plaza de Torrecilla, durante la corrida de sus fiestas, y otro señor que lo fué, asimismo, en la plaza de Nestares, ambos en fechas distintas, de los siglos XVIII y XIX.

El corazón de los torrecillanos lo ocupa por entero el fervor y la devoción a la Virgen de Tómalos. Ella es vital motivo para las fiestas tradicionales del pueblo. Su fecha, 8 de Septiembre, cuando ya terminaron las faenas de la recolección, alegra los espíritus, desde mucho antes de su llegada. En aquellos atardeceres, de fin de verano que preludian la tranquila sedación otoñal y preceden a la fecha conmemorativa de la Natividad de Nuestra Señora, se celebra la solemne novena de la Virgen, a la que acuden hasta el último labrantín y el más ínfimo zagalillo. Quedan vacías las casas del pueblo y una muchedumbre pueblerina enfervorizada llena las naves del templo parroquial, para adorar y contemplar la efigie de la hermosa Virgen de Zagalares, que

secularmente protege a Torrecilla. Después misa y procesión, solemnísimas, el día de la Patrona: traslado de ésta a Tómalos: romería y bailes en las praderas que rodean la Basilica...

Pero si mucho les atraen las fiestas religiosas en honor de su Patrona, tanto o más les entusiasma a los torrecillanos en sus fiestas profanas el número de las corridas de vaquillas. Estas capeas se celebran en una placita improvisada con postes y tablazón, en el túnel de castaños de Indias, que existe en la carretera baja llegando al pueblo, junto al garaje de coches de alquiler. Quienes más participan de ese entusiasmo, por el festival taurino, son los chicos del pueblo, quienes desde fines del mes de Agosto lo anuncian con cánticos callejeros. En los oídos del viajero, que por estos señalados días visite Torrecilla en Cameros, resonará y guardará en su memoria, como una estampa de la vieja España de «Pan y Toros», esta monótona canturía de los mocetes serranos:

«El día siete,
vaquillas, vaquillas;
el día ocho,
vaquillas, vaquillas;
el día nueve,
vaquillas, vaquillas;
y el día diez,
vaquillas otra vez.

